

## UNA NOCHE DE RODRIGUEZ

Ese año me dieron las vacaciones en el mes de junio. Mis hijos no la recibirían hasta mediados de mes.

La casa del pueblo, recién comprada, estaba cochambrosa, tanto, que ni luz eléctrica tenía.

Estas circunstancias hicieron pensar a mi mujer, maestra en el arte de repartir tareas,

Que yo podía venir primero, “de Rodríguez”, para aprovechar mis dotes de “manitas” y de esta la forma la casa estaría más habitable cuando ellos llegarán. No me hizo mucha gracia, pero consciente de las circunstancias, aquí me encontré haciendo gala de mi facilidad para los oficios.

Por la mañana, al comprar materiales para realizar mi labor, llego a mis oídos la espantosa historia de que habían encontrado un cadáver de un hombre, horriblemente mutilado, en las inmediaciones de la villa, y andaba la justicia tras los pasos del asesino.

Fruto del bochornoso calor que soportamos durante todo el día, al anochecer el cielo se pobló de nubarrones negros amenazando tormenta.

No tuvimos que esperar mucho.

Las grandes masas de vapor, cargadas de electricidad reventaron saliendo de su interior borbotones de agua y mil centellas surcaron el cielo en todas las direcciones. Los truenos sobrecogían y los granizos rebotaban sobre las tejas, colocándose en el interior por donde faltaba alguna. La algarabía formada era tremenda. Ante aquella manifestación de grandeza pensé: ¡que poco soy!

Se hizo oscuro como boca de lobo, pero encendí cuatro velas y, con su luz, continué el trabajo que estaba terminando.

La puerta de la entrada la tenía abierta para mitigar el calor reinante. Una fuerte corriente de aire el cerro dando un estrepitoso portazo. Las cuatro velas se apagaron dejando todo en tinieblas. Sobre mi cabeza cayo arena y polvo escapado por las ranuras de las tablas del techo.

Inesperadamente, oí unos ruidos raros, como pisadas y objetos que se caían ala suelo, procedentes del sobrado.

A la luz de los relámpagos y muy despacio, procurando no chocar con los obstáculos, me fui acercando a donde se encontraba las cerillas. El intento de cogerlas coincidió con una de las pausas que el dios Zeus se concedió en el lanzamiento de rayos y sin ver, palpando, las busque. En el lugar donde creí se encontraban sentí como una mano fría, húmeda y fofa. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo y dando un respingo me eche atrás.

Un nuevo chispazo ilumino la habitación y con esa luz, que a mi se me antojo fantasmagóricamente, observe que las cerillas se encontraban a un

lado de la mesa y cerca de ellas, los guantes de goma que poco tiempo antes utilice, pero que ya no me acordaba de ellos.

Como los ruidos del sobrado continuaban, encendí y una vela abriendo la chirriante puerta, subí despacio de la escalera para ver de qué se trataba. Aquella vela poco iluminada. La alargada sombras de los trastos acumulados

Vacilaban con el movimiento de la mano e impedían ver gran parte de la estancia.

Guiado por el oído, volví la cabeza hacia el rincón donde se produjo un gran estruendo. Dos bultos negros de brillantes rojos se abalanzaron sobre mí, dando unos maullidos electrizantes. Al sobresalto se unió un dolor lacerante, como si afiladas cuchillas recorrieran mis piernas. Exclame: ¡malditos gatos! O algo así. Salvado el obstáculo corrieron como balas y escaparon por el ventanuco.

Me acosté pronto en una improvisada cama, algo impresionado. No conciliaba el sueño, además, me escocia los arañazos de las piernas. Di muchas vueltas y ya, cansado, me fui quedando amodorrado.

En esta situación me encontraba, cuando comenzó a sonar música suave en principio, pero fue intensificando por momentos, me recordó el clásico: Una noche en el monte pelado. Abrí los ojos. La habitación se fue iluminando con una luz azul-verdosa. Unas figuras fosforescentes fueron tomando forma humana. Vestidas con habito y capuchón, rodearon mi cama. El mas alto de todos, vestido de color blanco fulgurante, me indico que les siguiera. El pelo se me encrespo y temblando de miedo quise gritar, pero las palabras no llegaron a salir de mi boca.

Movido por una fuerza extraña e imperante me uní al cortejo. Al llegar a la calle, el portaba la gran cruz y el caldero con el hisopo me lo entrego a mi y el desapareció entre las sombras.

Marcábamos todos en lúgubre hilera. A la cabeza iba Estadía, yo en el medio. La muerte nos acompañaba cargada con su temible guadaña Todos llevaban grandes teas encendidas y humeantes que nos consumían.

La santa compañía paso por delante de la iglesia, después por el cementerio, salimos del pueblo y nos internamos por un bosque de encinas, robles y retamas. La noche negra se iluminaba a veces por el fulgor de los relámpagos, que aun daban. Pasado un largo rato, que a mi me pareció una eternidad, comenzó a asomarse la luna llena entre los densos nubarrones.

A su luz, ¡que espantoso espectáculo ofrecíamos! , de pronto, una fulgurante centella cayo sobre un enorme roble que cubría nuestras cabezas. En el mismo instante el suelo se abrió y mil diablos surgieron del más profundo.

Un ensordecedor trueno me despertó, acogí la palmatoria de las mesillas y encendí la vela. Pese a estar despierto, todavía tarde un poco en tomar

sentido de la realidad. ¡Que alivio! Unos minutos después, ya más tranquilo, rece una oración a favor de todos los muertos. Me levante y mire por la ventana. Una tenue luz iluminaba el cielo y la tempestad se alejaba. Salí al patio, “ Que hermosa me pareció la aurora!